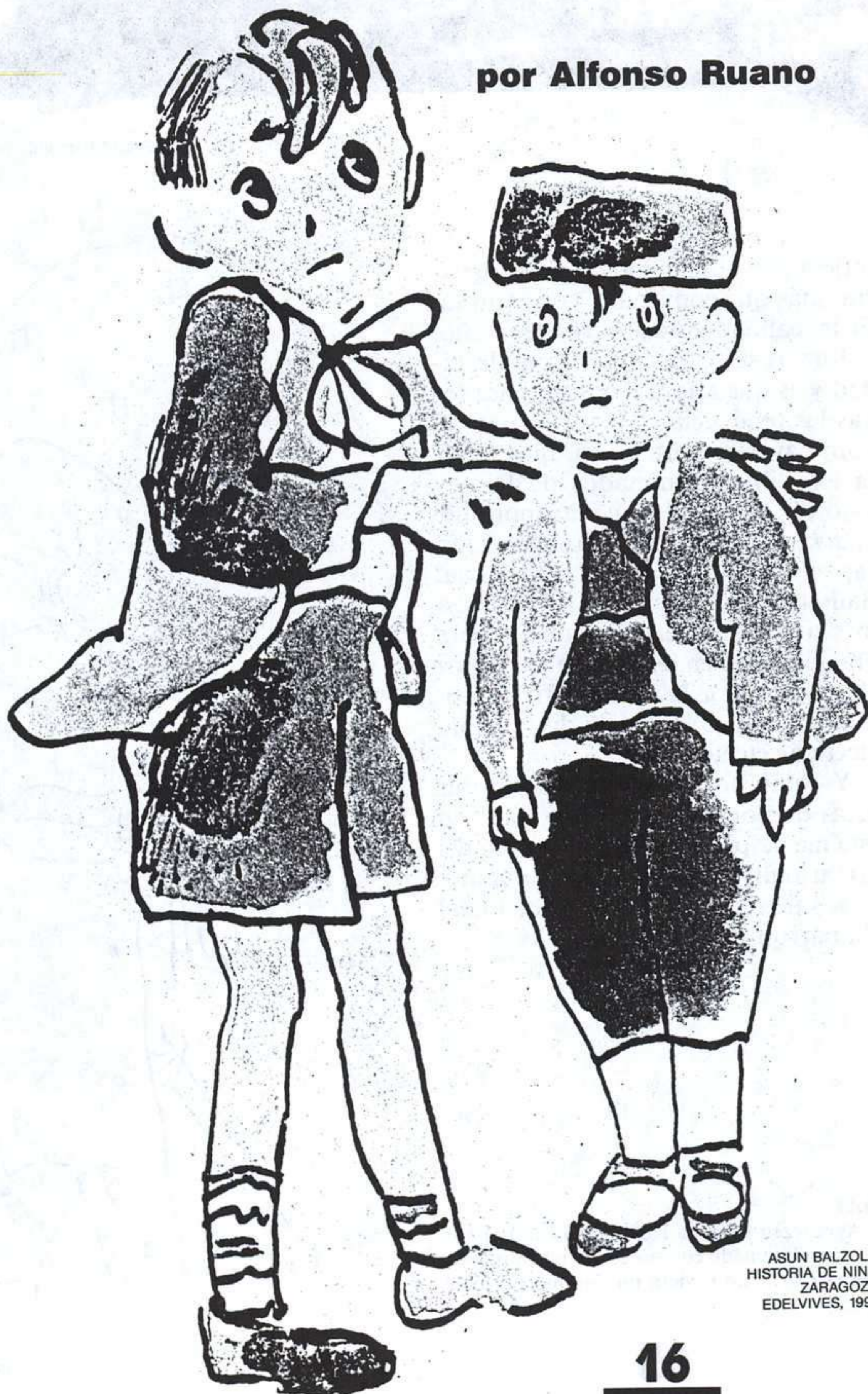


Un caso insólito y mucho eclecticismo

por Alfonso Ruano



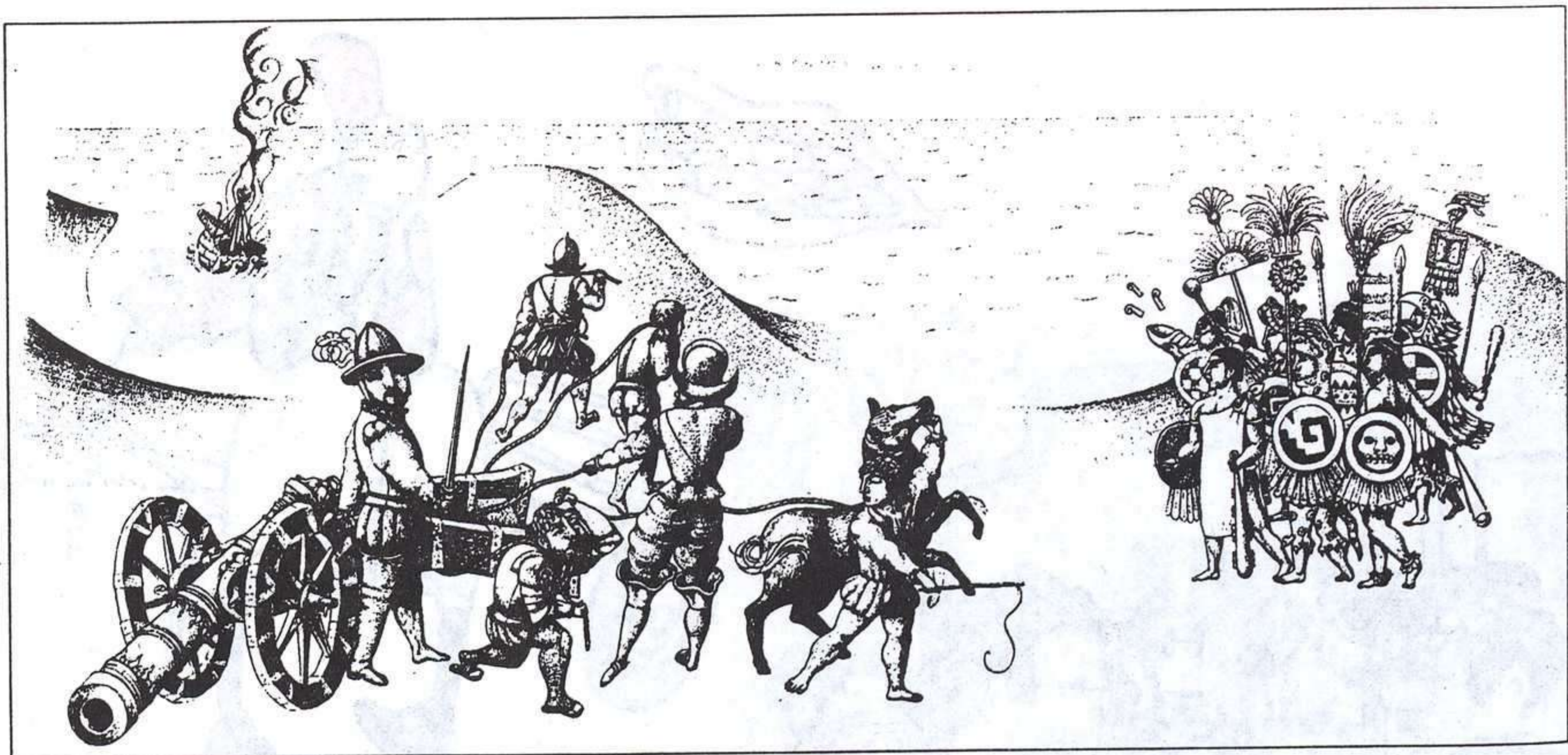
ASUN BALZOLA.
HISTORIA DE NIÑO.
ZARAGOZA:
EDELVIVES, 1990.

Cuando algunos, como los de *CLIJ*, me piden que escriba sobre ilustración de libros para niños —esa que unos cuantos hacemos en el norte, sur, este y oeste del Estado español—, y que comente si las señas de identidad convergen y se concentran en núcleos claramente diferenciados: Cataluña, Madrid, Valencia, País Vasco, Galicia..., el silencio se me antoja cómodo y tentador.

Luego me aclaran que Asun Balzola ha escrito el plato fuerte sobre este mismo asunto. Me tranquilizo. Digo que sí, que algo mandaré antes del cierre de su revista, aunque me cuesta mucho redactar, cada día más, sobre cuestiones de esta índole, tan borrachas de subjetividad, tan inclinadas a las suspicacias. Por eso, de antemano, renuncio a ser justo, ecuánime y me entrego disoluto a mis propias opiniones.

Insólita Asun Balzola

Y por ejemplo la primera —sobre la obra de ilustración, de puesta en escena de Asun Balzola— se materializa en afirmación apasionada: me gusta mucho el trabajo gráfico, inmaterial, de Asun. Me gustan, de lo que más, sus insólitas manchas de color sin color, sus gamas interminables e interiores. Nunca fáciles. Nunca con-



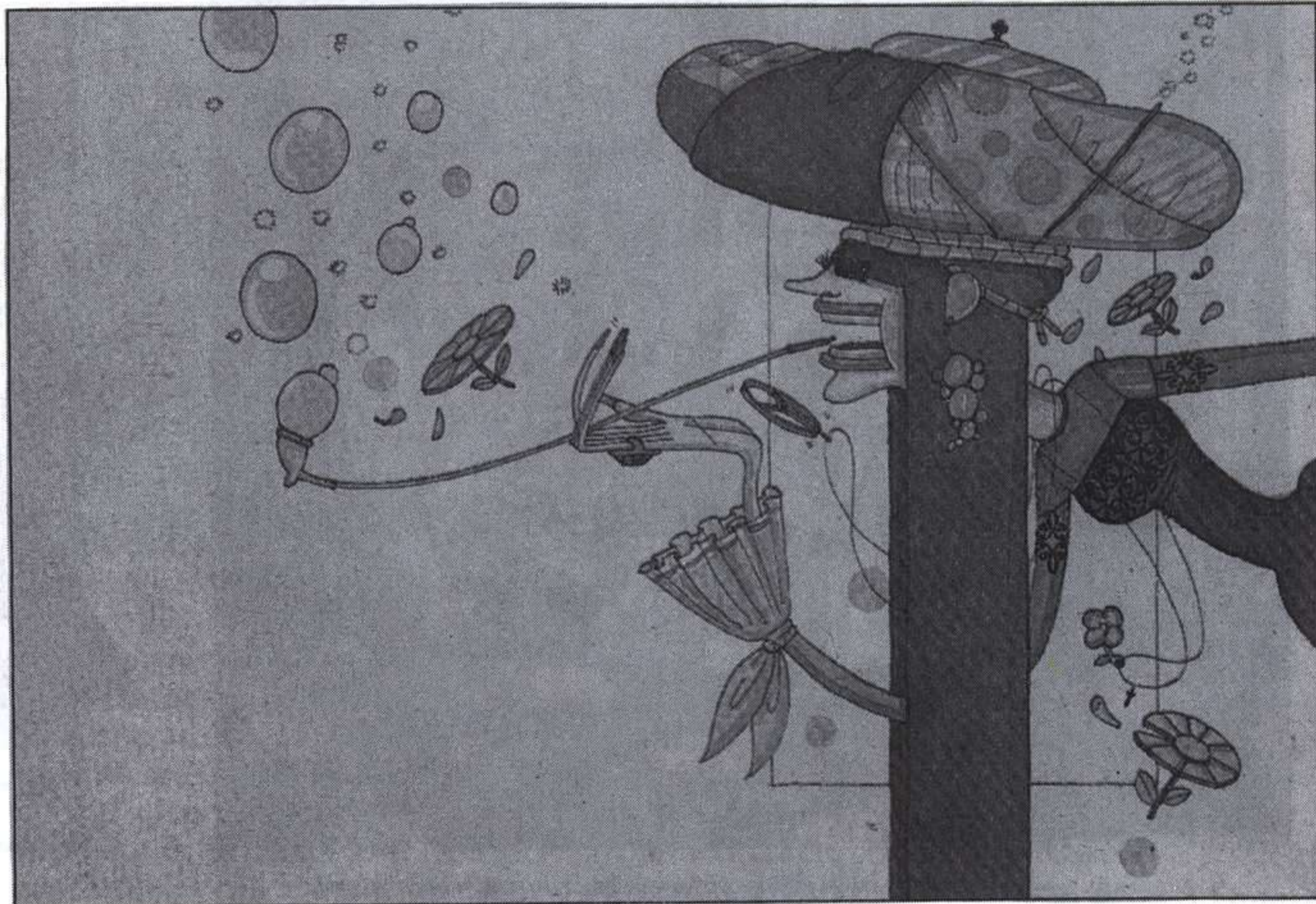
FRANCISCO MELÉNDEZ, BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO (INÉDITO).

cedidas. Nunca envilecidas por el comercio o la pedagogía.

Raíces. Ella dice, se lo he oído, que como es vasca le sale esa memoria entre los dedos. Es posible. Eso sí, sin tipismos ni tópicos de bulto. Eso sí, con el fondo acogedor y fraterno de sus orígenes. La orografía y los localismos se tornan en estilización escueta y luminosa. No se puede decir tanto con tan poco. Con casi la nada, casi el todo. Nunca elemental, siempre rica. La eficacia directa y fresca se trastoca en lirismo.

Tanta observación paciente y retenida desencadena gestos que condensan complejas descripciones. La música, presente y mucho en su infancia, se alarga en la manera de encadenar las imágenes y los vacíos, como silencios, en la diagramación de sus libros de total autoría.

De tan vasca y también mesetaria, tan universal. Un caso insólito. Y parece que sin prolongación. Ha tenido discípulos, sí, y a domicilio. No digo nombres. A veces se capta, se aprende la mancha, el recorte, la transparencia, el modo y la manera. Detrás queda el signo siempre dependiente de las tripas y del corazón; siempre en el filo de lo irracional y de la química del cuerpo; en el por, sobre, tras del papel de acuarela, con acuarela y lápiz o estilográfica que se licúa a golpes de pincel. Detrás queda el signo



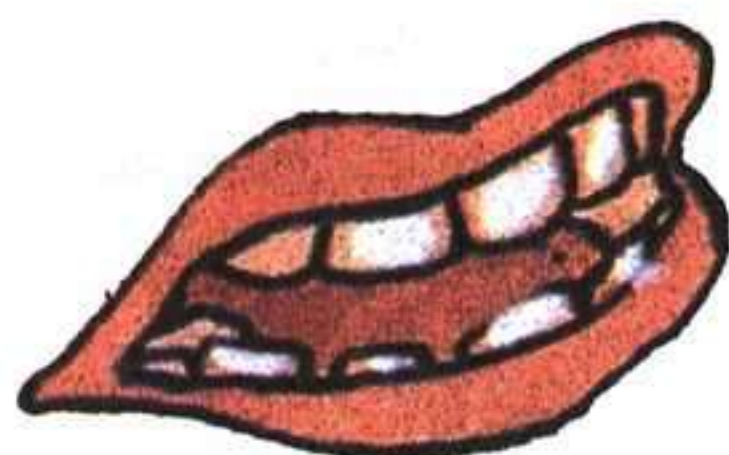
PABLO NÚÑEZ, VOY VOLANDO, MADRID: SM, 1990.

de la materia espiritual de Asun Balzola. Eso no se aprende. Hay que dejarlo nacer. Y es natural a uno. Y sólo nace por la propia fidelidad al interior de uno mismo.

Eso nos hace a todos irrepetibles. Asun más. Asun sin escuelas, ni Sendak, ni Beatrix Potter, ni Edmund

Dulac. Asun, por el rabillo del ojo, observadora.

La obra de Asun Balzola siempre ha supuesto para mí un punto de referencia incuestionable. Noto sus influencias globales, no epidérmicas, más como aptitud ante el oficio que en la imitación grosera de sus manchas.



GUSTI, QUI FA SERVIR LES PAPERERES?, ZARAGOZA: EDELVIVES, 1992.



ARNAL BALLESTER, LA BOCA RIALERA, BARCELONA: DESTINO, 1992.



M. MENÉNDEZ, UN ABRIGO CRECEDERO, MADRID: SM, 1990.

El aire nuevo de los 70

Y como de escuelas y otras trazas quieren el artículo, me lo han pedido así, me enfrento a preguntas como: ¿existen escuelas de maneras gráficas en nuestras tierras? ¿Familias de ilustradores?

Me limito brevemente a dar mi opinión: no se puede establecer el maníático límite generacional y de estilo sobre el trabajo de ilustración. Los sociólogos supongo que sí pueden establecer despertares económicos y situarlos entre fechas. Es quizá lo que se pueda destacar. Los años setenta,

España y el empuje editorial en publicaciones infantiles. La Reforma educativa de 1967 produce el despliegue de ciertas editoriales, otrora pequeñas, luego hegemónicas, algunas de las cuales ponen en marcha proyectos ilustrados dirigidos a los niños. Alrededor de estas colecciones se con-

gregan ilustradores que están en la mente de todos y que rompen la veladura provinciana y paletona que envolvía los pocos productos infantiles. La conexión generacional se establece a través de la coyuntura laboral y no de estilos.

Existen y publican buenos ilustradores a partir de los años setenta. Son un aire multiforme y nuevo para los libros de niños. Un abrirse a la modernidad o a lo que se entendía por eso entonces. Formas de hacer más internacionales. Asuntos más concretos y didácticos, Heinz Edelman y Yellow submarine, Andy Warhol, colores planos, serigrafía como batalla artística y la seriación como concepto inmediato, los carteles *pop*, los *hippies*, la pólvora del mayo francés y sus consecuencias. El amable lector debe añadir aquí todo lo que para él supongan aquellos años, tan estúpidamente magnificados.

Las influencias son complejas y se dan en muchas direcciones. Algunos condensan escuela en torno suyo. No doy nombres. Pero creo que no tiene paralelo autonómico y por eso ignoro si existe escuela madrileña, de Barcelona, o murciana. Posiblemente algún hispanista norteamericano, pasado el milenio, lo aclare y lo publique en las balbas de un mejillón, por escasez de papel.

Los «junior»

Antes de que nos llegue esa hora y nos colemos todos al desazonador mundo electrónico y al cielo de los soportes luminosos, y pintemos con los pigmentos del calambre y del rayo, me ocuparé de los que han ido apareciendo entre el paro, la especulación posmoderna y la reconversión industrial, en libros de pequeño formato muchas veces —el de bolsillo es más rentable—, o en ediciones de realización muy cuidada y libres de corsé de objeto para niños, las menos.

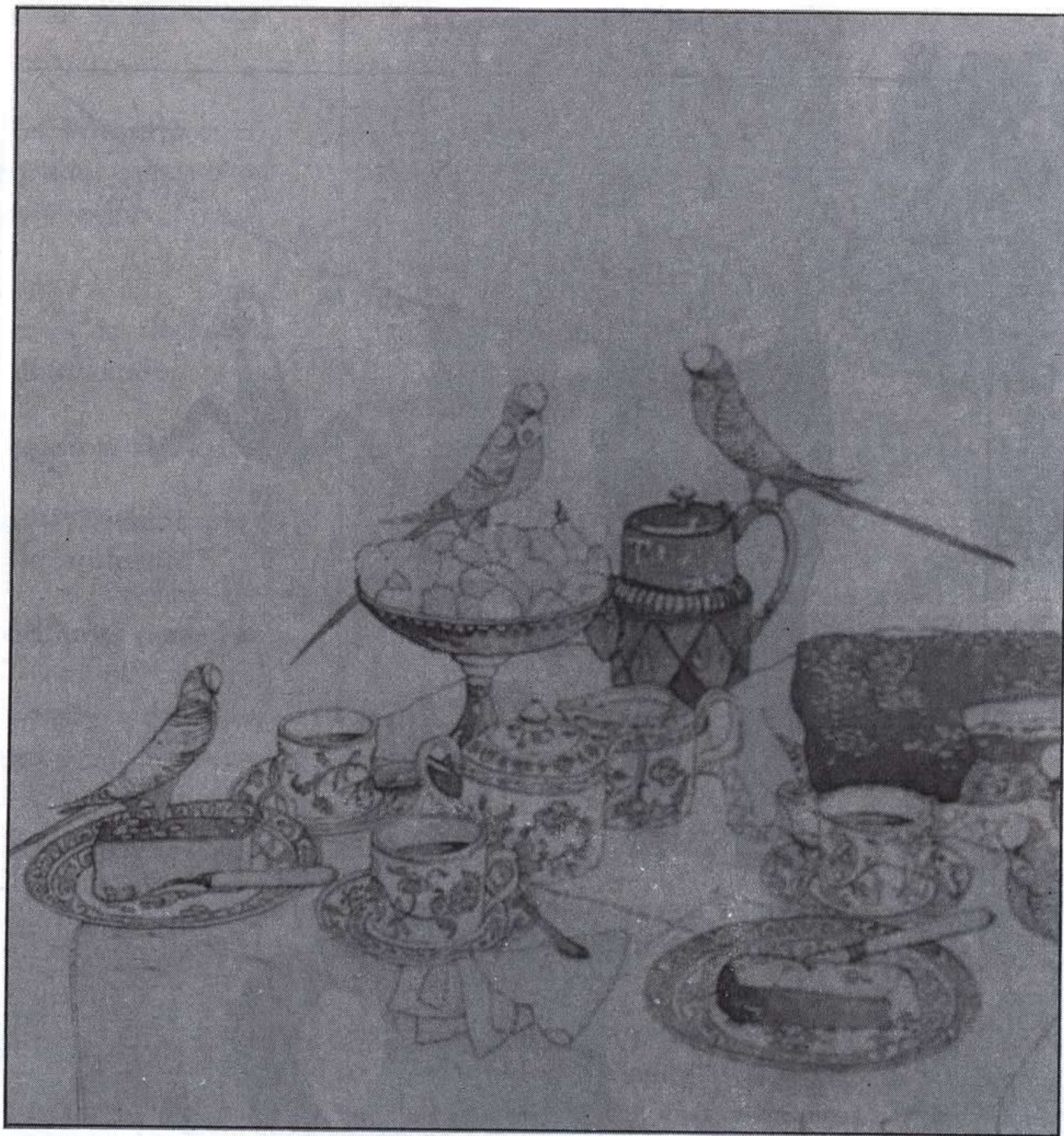
Aventuro que en un tiempo próximo el acervo cultural de los adultos

estará formado por un salteado de relatos infantiles y juveniles. Con una buena operación de mercado, eso sí. El que no se fíe que consulte la cartelera y el cine. Lo que sigue siendo manifiesto es la adhesión a estéticas multiformales con ese algo de eclecticismo con el que nos ha lastrado la posmodernidad. También continúa la práctica de ilustración con más peso femenino en Cataluña que en el resto de España, pero sin decantarse claramente escuelas, estilos y modas nacionales, sino más bien mestizas y planetarias.

Y como para mojarse hay que dar listas de autores «junior», valga esta enumeración incompleta y un poco

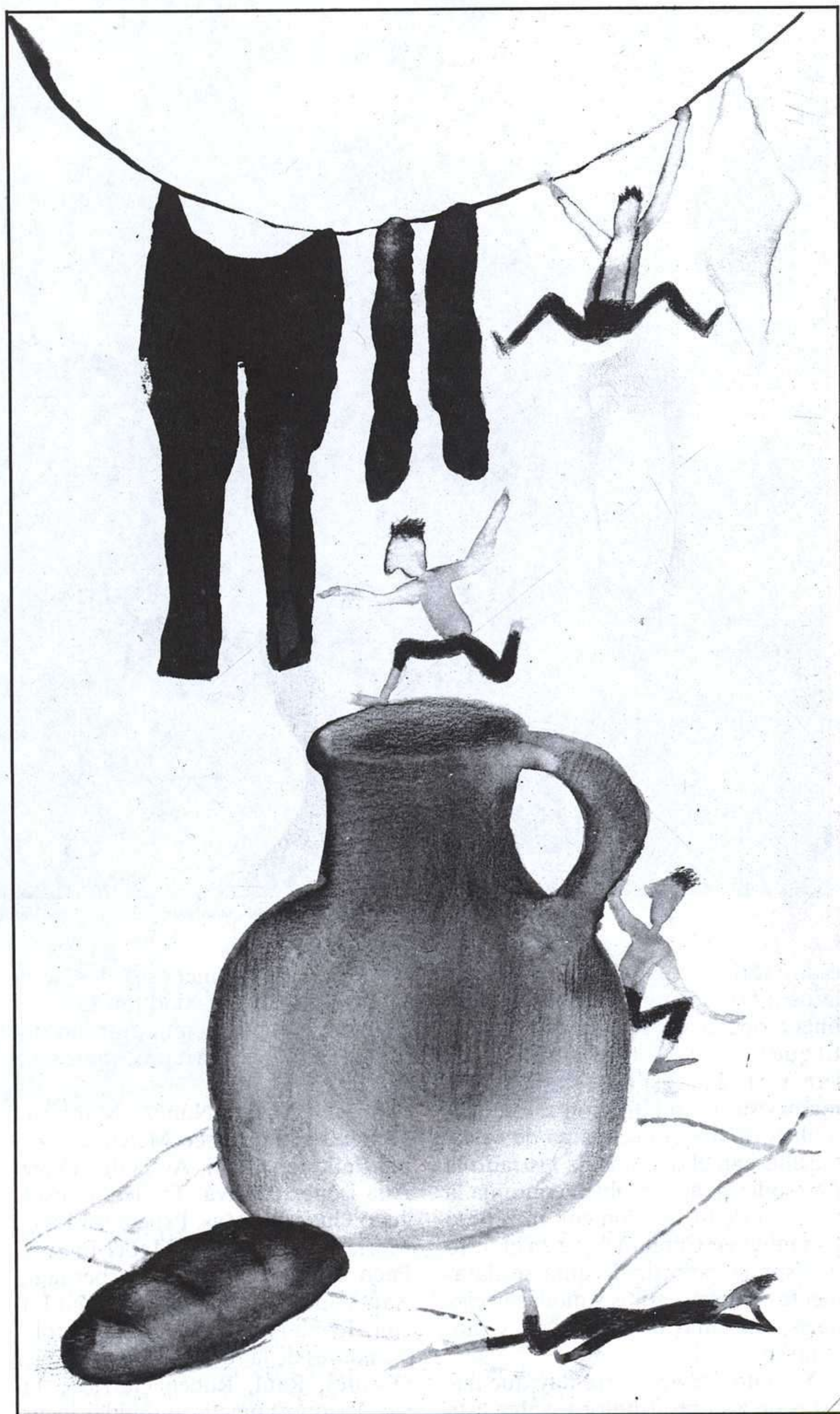
confusa, ya que muchos de los nombrados no son por edad tan *junior* y además, muchos demuestran un dominio de su oficio irreprochable y no de simple promesa.

Nombres: Pablo Núñez, Margarita Menéndez, Francisco Meléndez, Arnal Ballester, Gusti, Avi, Olga Pérez, Ana López Escrivá, Tàssies, Lluïset, Julio Gutiérrez Más, Esperanza León, María Luisa Torcida, Mabel Piérola, Paco Ximénez, Emilio Urberuaga, Xan López Domínguez, Carmen Lucini, Teresa Novoa, los antiguos colaboradores de la revista *Madriz* (Javier Olivares, Raúl, Rubén Garrido, Javier Vázquez) practican tímidas incursiones en el libro infantil.



PABLO ECHEVARRÍA, MIWI, BARCELONA: DESTINO, 1990.

ILUSTRACIÓN



ASUN BALZOLA, LEYENDAS VASCAS, SAN SEBASTIÁN: EREIN, 1990.

Solamente, de seis, voy a comentar brevemente la impresión —esto no es un análisis—, que me han producido sus obras. Son seis, porque me gusta el número y porque algunos son amigos míos.

Margarita Menéndez. Pintaba y enseñaba lengua inglesa a los niños y dibujó un método de idiomas por amistad. Se publicó y ya no ha dejado de ilustrar y de ver películas de amor y lujo en blanco y negro, y de parecer maliciosamente ingenua cuando perfila sus personajes, siempre creíbles, siempre con intención, ironía y ternura. Es la complicada sencillez del buen gusto.

Pablo Núñez, que aúna diseño y expresividad ilustrativa con atrevidos encuadres en sus imágenes y tonos siempre matizados junto a rotundos planos negros. A veces salpica sus personajes de signos tipográficos para potenciar o desconcertar su valor significativo.

Pablo Echevarría, con vocación de exquisito, es una realidad ya, con libros y premios que lo confirman, y todavía con mucho que aportar.

Francisco Meléndez irrumpe con tan fuerte personalidad que no ha parado hasta poder controlar todos los aspectos del libro: texto, diseño, imágenes, dotándolos incluso de un aspecto bellamente artesanal.

Arnal Ballester, grafista/ilustrador veterano, está en la lista, no sé si porque yo conocí recientemente (hace tres o cuatro años) su obra o porque sus primeros libros para niños datan de esas fechas. Sus dibujos enlazan con la gran tradición catalana, poniéndola al día, y están entre mis preferidos, junto con los de *Gustavo Ariel, Gusti* (ciudadano de Sitges, argentino, amigo), elementales de trazo, titubeante y seguro, que dicen lo que quiere y sostienen al talante más paterpanesco de todos los ilustradores.

Antes del punto final dejo un nombre, *Gonzalo Izquierdo.* Llegó de París hace tres meses con este oficio aprendido. Habrá que esperar. ■